

COOK, MICHAEL L., *Respuestas a 101 preguntas sobre Jesús*, Paulist Press, New York 1993; preguntas 1.57-65 <sup>1</sup>

En la pregunta 59, el autor explicita la imagen del “Dios-que-dialoga”, que está a la base de toda su exposición. El “Dios-que-dialoga” “supone tres etapas: **Primero** está la iniciativa divina. Dios es el Alfa y el Omega. Todo viene de Dios y vuelve a Dios. Esto es lo que queremos decir cuando le llamamos Creador. **Segundo**, existe una respuesta humana para esa iniciativa divina, que puede ser positiva (respuesta de la gracia) o negativa (respuesta del pecado). **Tercero**, hay una respuesta divina a la respuesta humana”.

A medida que se lee el texto, ir anotando las afirmaciones que aparecen que corresponden a alguno de los cuatro ‘momentos’ que la imagen propone (la iniciativa divina, las dos posibles respuestas humanas, la respuesta a la respuesta), de modo de ir completando el esquema inicial con los matices que van apareciendo.

## **1. Si los evangelios son una interpretación y han sido a su vez reinterpretados a lo largo de los siglos, ¿cómo podemos saber que estamos en contacto con el Jesús “real”?**

Se puede hacer la misma pregunta acerca de cualquier relación humana. Cuando nos encontramos con otra persona, inmediatamente entramos en un proceso de interpretación. Para empezar, averiguamos lo más básico: su nombre, sus antecedentes, sus intereses, etc. Pero al mismo tiempo estaremos examinando y evaluando, tanto esos datos, como a la persona que está comunicándose con nosotros. Si falta algo de este proceso, no podemos entrar en una comunicación personal. Sin embargo, si llegamos a conocer a la persona tal como es, llegaremos a un punto de esa relación en el cual se hace necesario pasar más allá de la información y confiar en ella, en un acto de autotranscendencia. Esto puede llamarse un acto de fe, en el sentido más básico y fundamental de la palabra, lo que es propiamente la confianza.

Lo que es verdad en cualquier relación humana, también ocurre en nuestra relación con Dios, pero con esta salvedad: que la iniciativa que hace posible esta confianza, o fe de nuestra parte, proviene de Dios mismo (por eso decimos que es una experiencia de gracia [gratuidad]). Sin embargo, se trata de una invitación divina, que requiere de nuestra respuesta humana. Y al responderle, ya sea en una relación con otras personas, o con Dios mismo, continúa el proceso de interpretación, ya que en el caso contrario, nunca llegaríamos a profundizar o a desarrollar esa relación. En una palabra, nuestra primera relación con el Dios que conocemos en Jesús, es de fe. Este es el Jesús “real”. Pero al igual que en cualquier otra relación, esa experiencia de fe da lugar a un sinfín de preguntas: históricas, psicológicas, teológicas, personales, etc (cf. Introducción). Estas preguntas no son sólo buenas y válidas, sino que son necesarias si queremos crecer y madurar en nuestra fe.

### **57. ¿Qué significa el abandono en la cruz? ¿Habrá estado tentado Jesús en contra de Dios en ese momento?**

Las únicas palabras de Jesús en la cruz, tanto en Marcos como en Mateo, son: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*” (Mc 15,34; Mt 27,46). Jesús está citando el versículo primero del Salmo 22, una plegaria de liberación, de alguien que enfrenta una enfermedad terminal. Es difícil saber si Jesús dijo realmente esas palabras, aunque muchos se han preguntado por qué Marcos las iba

<sup>1</sup> Traducción de Isabel M. Troncoso, revisada por Rodrigo García.

a inventar. Es cierto que la tendencia de la tradición es de usar otros dichos en la cruz, lo cual es evidente en Lucas y en Juan, quienes omiten este dicho. Pero, sea o no histórico ese grito de abandono, es cierto que lo que Marcos hace es reflexionar sobre su significado teológico.

De acuerdo a Marcos, Jesús murió rechazado y abandonado, no sólo por los líderes del pueblo, sino también por su familia y por sus amigos de Nazaret, por sus discípulos y por las multitudes que lo habían seguido antes con tanto entusiasmo, de manera que tuvo que enfrentarse con la muerte absolutamente solo, incluso aparentemente abandonado por el Dios en quien confiaba y cuyo reinado había proclamado. Marcos corre una cortina sobre la vida humana de Jesús, con un constante énfasis en el abandono. En este punto, aunque no necesitemos preguntarnos acerca del estado de ánimo de Jesús en el momento de su muerte, nos podemos preguntar: ¿Qué sentido teológico puede tener este abandono? y ¿tendrá algo que ver con una última tentación?

Pablo, al reflexionar acerca del significado de la vida entera de Jesús y no sólo específicamente en un momento preciso, dice que Dios mandó a su propio Hijo *“en una carne semejante a la del pecado, para combatir el pecado...”*, y más impresionante aún: *“A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros...”* (2Co 5,21a). Me baso en esto para decir que toda la vida de Jesús y en especial el momento de su muerte, se trató de un constante crecimiento y de una profunda identificación con nosotros, en nuestra propia condición humana pecadora *“para que viniésemos a ser justicia de Dios en Él”* (2Co 5,21b). Jesús experimentó el impacto total del pecado humano. *“YHWH descargó sobre él la culpa de todos nosotros”* (Is 53,6). Descendió a las profundidades de la pecaminosidad humana, donde ni siquiera el Padre, cuyo compromiso con la creación es intrínseca y absolutamente bueno, podía seguirlo. En este sentido se podría decir que el Padre, sin estar movido por una suerte de preferencia arbitraria, sino que por una necesidad creada por el mismo pecado humano, tuvo que abandonarlo, tuvo que dejarlo hacerse pecado por el bien de la libertad humana y de la transformación humana (En esto consiste la “justicia de Dios” de la cual habla Pablo en 2Co 5,21.)

Es a partir de esta experiencia que podemos hablar con propiedad de “una última tentación”, o mejor aún, de la tentación que lo afligió durante toda su vida, pero que adquirió su máxima intensidad en el momento de su muerte. No se trata de una tentación en contra del Dios que lo envió, al que conocía como a un “Abba” cariñoso y preocupado. El grito de la cruz sigue siendo un grito de confianza. Pienso, más bien, que fue un grito en contra de aquéllos a quienes había sido enviado. En efecto, Jesús tenía que mantenerse fiel hacia nosotros. Abrumado por nuestra capacidad de perversidad, agobiado por la intensidad de nuestra enemistad hacia Él, escogió libremente, a pesar de nuestra pecaminosidad, amarnos y permanecer fiel a nosotros. Esto lo sabemos no porque podamos entrar en su conciencia en un determinado momento, sino porque Dios lo exaltó de entre los muertos. Es ahí, al interior de ese amor libre y fiel por nosotros, cuando todavía éramos sus enemigos, cuando tiene sentido el llamarlo nuestro Salvador (cf. Rom 5,6-11). Es en la cruz donde vemos que lleva a la plenitud su propio mandamiento: *“¡Amen a sus enemigos!”*.

**58. ¿Puede decir algo más de lo que usted entiende por pecado?**

La intención de Dios al crear es la bondad de esta creación. Una frase maravillosa de San Ireneo, dice: “La gloria de Dios es la persona humana, viviendo en plenitud”. Ella capta muy bien la intención divina: Dios no compite con nosotros, sino que siempre busca cómo llevamos hacia la plenitud de lo que somos como seres humanos. Pecamos cuando, de una u otra manera, tratamos de destruir o de arruinar esa intención creadora de Dios. Nunca ofendemos tan directamente a Dios, como cuando tratamos de destruir su creación. El símbolo del árbol del bien y del mal, tal como está desarrollado en el Génesis 2—3, tiene que ver con nuestras relaciones como seres humanos con Dios, con la naturaleza y con los demás. El deseo de ser-como-dioses, es el deseo de reemplazar a Dios por uno mismo, de manera que podamos determinar lo que es bueno y lo que es malo, aparte de Dios. Y todo esto, para convertimos en algo que jamás podremos ser.

El pecado no es sólo un problema de nuestra relación personal con Dios. El pecado constituye la condición humana, de tal manera que nacemos en un mundo en que nuestra propia identidad como personas toma cuerpo dentro de una lucha constante entre las fuerzas del mal (pecado) y el poder del bien (gracia). Toda la historia de Israel refleja esta misma lucha. Para los cristianos, la historia culmina en el momento decisivo de la cruz. No es tanto la desobediencia de Adán y de Eva, sino el rechazo y la muerte del Hijo muy amado de Dios (Mc 12,1-8) lo que constituye la total demostración del símbolo del pecado humano, de ese terrible abismo que existe en nuestra capacidad humana para hacer el mal. El significado completo y el impacto del “Pecado Original”, son revelados en la cruz de Jesús. Allí es donde el abandono de Dios adquiere sentido. No es que Dios tenga la voluntad de abandonarnos, sino que más bien somos nosotros quienes, por nuestro pecado, abandonamos a Dios, y Dios, que nos había creado para ser libres, respeta la dignidad y la integridad de nuestra libertad humana, incluso cuando ella pueda crear un abismo infranqueable, entre Dios y el pecador (Lc 16,26). En realidad, si las escrituras Judías y Cristianas algo nos dicen, es que Dios no impone su voluntad sobre creaturas recalcitrantes, sino que invita constantemente a darle una respuesta libre y amorosa. De esta manera, el drama de la salvación o la auténtica liberación humana, se juegan al interior de esa libertad del hombre, tanto en la libertad humana de Jesús, como en la nuestra.

**59. ¿Pero por qué Dios permitiría que le sucediera todo eso a su Hijo inocente? ¿Por qué querría el Padre que Jesús muriera tan joven y de una manera tan horrible y tan humillante?**

El problema de la Divina Providencia se agudiza cuando nos enfrentamos con la Cruz de Cristo. Encuentro muy útil una imagen de mi profesor, J. H. WRIGHT, s.j., llamada “El-Dios-que-dialoga”. Supone tres etapas: **Primero** está la iniciativa divina. Dios es el Alfa y el Omega. Todo viene de Dios y vuelve a Dios. Esto es lo que queremos decir cuando le llamamos Creador. **Segundo**, existe una respuesta humana para esa iniciativa divina, que puede ser positiva (respuesta de la gracia) o negativa (respuesta del pecado). **Tercero**, hay una respuesta divina a la respuesta humana.

Esto significa que Dios ha creado un mundo en el cual Dios ha escogido, libremente, respetar la dignidad y la integridad de nuestra libertad humana, *incluso cuando ella conlleva una acción destructiva*. En una palabra, Dios ha creado un mundo en el cual Dios, como Creador, depende *realmente* de nuestra respuesta

humana frente a esa iniciativa divina, para darle forma a este mundo en el cual vivimos. “Por lo tanto, a Dios sí que le importa profundamente lo que hacemos”. Podemos cooperar con la construcción del mundo, y así llevar a cabo la intención divina, a través de una gradual transformación; o podemos destruirlo, y así llevar igualmente a cabo la intención divina a través de una catastrófica destrucción. El punto es que ambas opciones son reales, pero en todo caso, en último término, siempre se llevará a cabo la intención divina, aquí y ahora y a través de nosotros. La forma del Reino futuro dependerá de si escogemos ser co-creadores con Dios de ese futuro o no.

La cruz es precisamente donde vemos este plan divino más plenamente realizado. Desde mi punto de vista, el Padre no envió a su Hijo al mundo para morir en la cruz. Sólo un Dios monstruoso habría podido hacer una cosa semejante. El Padre envió a su Hijo a proclamar la profundidad de su amor de Padre y la realización de ese amor, en un reinado de gracia que transforma. La respuesta humana a esta iniciativa divina fue doble. Por el lado de Jesús, fue la de permanecer fiel y obediente a la misión que se le había encomendado, incluso hasta la cruz. Por parte de sus enemigos fue de rechazar frente a la iniciativa divina y crucificar al Hijo amado de Dios. Por lo tanto, no es Dios quien quiso esa cruz, sino los seres humanos. De este modo, la cruz es en primer lugar un símbolo de la pecaminosidad humana y es sólo como tal que puede ser comprendida como una oferta constante del amor divino. La respuesta divina a la fidelidad de Jesús y a esa tragedia del rechazo humano, fue el hecho de resucitar a Jesús de entre los muertos. El abrazo del Padre a su Hijo amado, en el poder del Espíritu, en el preciso momento de ser rechazado y abandonado, significa que Dios permanece fiel en su amor, a pesar de nuestra pecaminosidad humana. También significa que vivimos desde ese día hasta ahora, bajo el signo de la cruz, signo de la tragedia humana.

#### 60. **¿No dicen las Escrituras que Dios quería que Jesús muriera en la cruz?**

Hay muchos pasajes en la Escritura que parecieran indicar esto: el lenguaje de Dios “enviando” o “entregando” a su Hijo único; el énfasis en la necesidad divina de que el Hijo del Hombre debía sufrir y morir, en los anuncios de la Pasión; la oración de Jesús en el huerto, pidiendo que se hiciera la voluntad del Padre. Es cierto que la idea de Dios enviando a Jesús para que muriera en la cruz, para que de esa manera nos salvara de nuestros pecados, ha sido una interpretación muy corriente. Sin embargo, se pueden decir dos cosas: Primero, que los autores del Nuevo Testamento lo escribieron con una perspectiva posterior a los acontecimientos que narran. Ellos ya sabían que Jesús había muerto en la cruz y tratan de interpretar ese hecho, como el cumplimiento de las Escrituras del Antiguo Testamento y como parte del plan total de Dios. “¿Acaso no tenía que sufrir el Mesías estas cosas antes de ser glorificado? Luego se puso a explicarles todos los pasajes de la Escritura que hablaban de Él, comenzando por los libros de Moisés y siguiendo por todos los libros de los profetas” (Lc 24,26-27). Lucas nunca indica exactamente a qué Escrituras se refiere en este capítulo, pero lo que quiere indicar es que la muerte y la resurrección de Jesús cumplen el significado de las Escrituras en su totalidad. La Iglesia primitiva empleó textos específicos del Antiguo Testamento para justificar la pretensión de que Jesús no sólo era el Mesías, sino que lo era precisamente por haber sido crucificado. Éste fue en realidad el punto crítico de la

apologética. ¿Cómo podía él, que había sido maldecido por Dios al ser colgado de un madero, ser ahora bendecido? (Gal 3,13-14). Los dos textos antiguos que se usaban son el Salmo 118,22, acerca del rechazo humano y la reivindicación divina e Isaías 53, el “canto del Siervo Sufriente”. La noción del plan de Dios fue elaborándose en términos cósmicos e incluyentes: “...y nos ha hecho conocer su voluntad secreta, o sea el plan que Él mismo se había propuesto llevar a cabo. Según este plan, que se cumplirá fielmente a su debido tiempo, Dios va a unir bajo el mando de Cristo todas las cosas, tanto en el cielo como en la tierra” (Ef 1,9- 10).

El segundo punto es consecuencia del primero. Los autores bíblicos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, no hacen una distinción clara entre lo que Dios *quiere* y lo que Dios *permite* que se lleve a cabo. Todo se le atribuye finalmente a Dios –al Dios Creador de todo lo que existe– como única causa. La imagen de un Dios–que–dialoga, es una interpretación muy posterior, que reconoce la causalidad divina, pero mediada por la causalidad humana, o sea que Dios origina la voluntad divina *a través de* nuestra propia voluntad humana. Esto supone un riesgo, incluso para Dios, ya que pone mucho más énfasis en la libertad humana, como condición para el éxito o el fracaso de la intención divina. De aquí entonces, tal como lo mencionáramos antes, que aunque Jesús fracasó en su misión histórica, ese fracaso fue revertido por la Resurrección, como respuesta divina.

#### 61. **¿No es Dios quien nos salva? ¿Qué tiene que ver la libertad humana con todo ello?**

De todo lo que sabemos de Jesús, la Salvación es lo más importante de todo. Los Padres de la Iglesia sostenían como argumento para probar la divinidad de Jesús que sólo Dios puede salvarnos, y como prueba de su total humanidad, que sólo lo que está unido con lo divino puede ser salvado. Esto está bien hasta donde se ve, pero da por sentado que la salvación tiene lugar en el “momento” de la Encarnación: cuando lo divino y lo humano se unen en Jesús, cuando la “*Palabra se hace carne*” (Jn 1,14). Incluso Juan reconoce que el prólogo no es suficiente, debe relatar toda la historia de Jesús, especialmente su camino hacia la cruz.

La imagen del “Dios–que–dialoga”, reconoce que la salvación viene de Dios. Todo comienza como iniciativa divina y también termina con la respuesta divina. Sólo Dios puede salvarnos. El problema es entonces más bien: ¿Cómo nos salva Dios? Tomando como pista la proclamación que hace Jesús del Reino en las parábolas, Dios aparece actuando siempre, vivo, activo y presente, en la vida humana de Jesús. Dios es nuestro Salvador dice 1Tim 2,4-6, “*que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad. Porque hay un solo Dios y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos*”. Tomo esto, para decir que Jesús hace de mediador entre Dios y nosotros, precisamente en su humanidad. Dios origina la intención divina de una salvación universal, en y a través de la libertad humana de Jesús. No se trata de actuar “a lo divino”, en contra de “lo humano”, de manera competitiva, sino de ver que Dios ha aceptado y que ha identificado como suya esta vida humana en toda su amplitud y particularidad, con todo el sufrimiento y con las tentaciones y luchas para mantenerse fiel a la misión que se le encomendó, tal como lo vemos reflejado en los Evangelios. Jesús fue llamado por ese Dios, a quien se refería como un Abba cariñoso y preocupado, *a permanecer fiel con nosotros* (ya que Dios es siempre

amor fiel), a pesar de lo destructivo que es el pecado humano. Decir que Jesús es nuestro Salvador es decir que el transformó, **desde dentro**, nuestra condición humana, desde la desobediencia de Adán, hasta la obediencia del Hijo único de Dios. La Alianza divina con la creación está constituida de una vez por todas en la singular libertad de Jesús, el fiel por excelencia. Es en él y a través de su propia libertad y por nuestra libertad, que *“Cristo nos ha liberado”* (Gal 5,1).

**62. ¿Era esencial que Jesús sufriera en la cruz por nuestros pecados? ¿Acaso no podíamos cada uno de nosotros hacernos responsables de nuestras propias acciones y así obtener la salvación? ¿Acaso no es suficiente que nos arrepintamos y sigamos las enseñanzas de Jesús?**

Si nosotros, los seres humanos, somos realmente libres para tomar decisiones, la respuesta a Jesús podría haber sido diferente. No había ninguna necesidad, divina o humana, de que Jesús muriera en la cruz. La única necesidad de la cruz deriva de la situación real y específica en que Jesús se encontró en aquel preciso momento. Y aunque sea hipotético, ya que el hecho de la cruz fue una realidad, podemos imaginarnos cómo sería el mundo hoy si la respuesta a Jesús no hubiera sido la del rechazo y la crucifixión.

La pregunta implica, sin embargo, algo más específico, que surge de nuestra cultura individualista: ¿Es posible que nos salvemos con nuestros propios esfuerzos? Es verdad que cada uno de nosotros debe arrepentirse y seguir, no sólo las enseñanzas de Jesús, sino que aún más, toda su manera de vivir. La salvación no es automática. Requiere de nuestra participación personal en el proceso de transformación, pero siempre como respuesta a la iniciativa divina. La fe siempre ha sido comprendida como un don de Dios (una gracia), que nos permite responder, aunque se comprenda como si se tratara de nuestra propia respuesta. Más aún, debemos recordar que nuestra lucha por la liberación es mucho más que algo individual, es una lucha contra todo ese poder, tan penetrante y del sistema completo, que es el mal, comprendido como “Satanás”. En nuestra cultura occidental tendemos a vernos a nosotros mismos primero como individuos y después como miembros de varios otros grupos: familia, Iglesia, sociedad, etc. Pero para Jesús y para la cultura israelita, de la cual Él provenía, el primer sentido de identidad personal se tenía a través de la comunidad y sólo después se consideraba la propia identidad individual. Esto es muy importante para nuestra comprensión de la salvación. En un sentido muy profundo, todos nosotros estamos juntos en esto, de manera que ninguno de nosotros es salvado, a menos que todos sean salvados. La salvación que Dios busca en Jesús es la transformación de la sociedad y de toda la creación (Rom 8,18-25), una “nueva creación” transformada, por la experiencia de amor y de reconciliación en la comunidad cristiana (2Co 5,14-20; Gal 6,14-15).

Jesús es íntegramente necesario para la intención salvadora de Dios, por dos razones: Primero, por su obediencia, libremente otorgada, incluso hasta la muerte, aceptada en el poder transformante de la resurrección, lo que significa que la intención de Dios para los seres humanos, desde el comienzo de la creación, ya ha sido realizada en Él. Él es el “Hijo del hombre”, el nuevo ser humano. Segundo, como tal, Él es “el primer fruto” de todos aquellos que vivan en Él (1Co 15,20-28), es decir, Él nos comunica el poder de la gracia de su Espíritu, la que nos da el poder y que nos permite vivir, tal como Él vivió, participar en su camino y, de esa manera,

llevamos a la realización de la transformación y de la liberación querida por Dios, desde el comienzo mismo de la Creación. Una vez más Dios actúa desde dentro, para realizar la voluntad divina y nunca impone su voluntad desde fuera. Es por esto que: ¡Todo lo que hacemos es muy importante para la salvación del mundo!

**63. Si la salvación es aún cosa del futuro. ¿Por qué dijo Jesús que ya todo había terminado?**

Déjeme hacer notar, primero, que tenemos tres versiones muy diferentes de las palabras de Jesús en la cruz. Marcos y Mateo tienen sólo una frase acerca del abandono. El momento de la muerte de Jesús es de obscuridad y tragedia. Lucas por otro lado, continúa con la imagen de Jesús en oración, pidiendo perdón por aquellos que lo mataron (23,34), ofreciéndole la salvación al criminal que lo defendió (23,43) y finalmente entregándose totalmente en las manos del Padre (23,46). El momento de la muerte de Jesús es de perdón y reconciliación. Para Juan, Jesús continúa siendo el dueño de su propio destino, ensalzado y entronizado en la cruz (18,33-37; 19,11.19-22), atrayendo todo hacia sí mismo (12,42). Jesús cumple en sí las esperanzas de Israel, al encomendarle la Iglesia al discípulo amado, a través de la persona de su madre (19,26-27). Sabiendo que ya todo se había cumplido, asegura el cumplimiento de las Escrituras, diciendo: “*Tengo sed*” (19,28). Finalmente, declara que ya todo se ha consumado, diciendo: “*Todo está cumplido*” (19,30). Las palabras en la cruz de Juan, deben ser leídas a la luz de los discursos de despedida y de oración (cap. 13—17). En la oración, Jesús dice que ha llevado a cabo el trabajo que el Padre le encomendó hacer (17,4), que ahora Él va a santificarse, de manera que sus seguidores puedan ser santificados en la verdad (17,19). El momento de su muerte es el momento cuando el cumple todo lo que había venido a hacer y envía al Espíritu (19,30), de manera que sus seguidores puedan vivir en la verdad (14,15—17,26; 15,26; 16,13-15).

Desde la perspectiva que estoy proponiendo, Jesús es en realidad aquel en el cual se ha realizado la intención divina de la salvación universal. El es el único Salvador. Sólo viviendo en el Espíritu que Él “repartió” (Hch 2,33), podemos esperar que se lleve a cabo la realización total, la transformación y la liberación, ya completadas en Él, pero no aún en nosotros, de manera que al final del proceso, Él pueda entregarle el Reino al Padre y que “*Dios sea todo en todos*” (1Co 15,28). De este modo, podemos llevar a término lo que falta en los sufrimientos de Cristo, en nosotros mismos (Col 1,24).

**64. ¿La muerte de Jesús probó realmente algo? Viendo cómo está el mundo hoy, no pareciera que haya hecho algún bien, después de todo. ¿Ha cambiado algo?**

Por todo lo que se diga, la historia siempre supone cambios reales. Pero también involucra zigzagueos, regresiones, discernimientos que se han abandonado, deterioros, vueltas atrás, redescubrimientos, nuevos comienzos... suma y sigue. En ningún momento se puede decir si las cosas están mejor o peor que antes. Los filósofos han desarrollado grandes teorías sobre la historia. Los optimistas nos hacen creer que siempre estamos progresando, a pesar de algunos reveses temporales y siempre nos llevan a una nueva utopía. Los pesimistas, por otro lado, ven que el mundo se va al diablo en bandeja: que estamos encajonados, vapuleados y confinados, y las cosas se ponen peor cada día. Estos puntos de vista

tienen mucho que ver con los genes de cada cual y con las inclinaciones naturales, tanto como con la posible validez de cualquier teoría.

Para un cristiano, el problema nos lleva hacia la forma en que concibamos la Divina Providencia. Como se ha sugerido con anterioridad, Dios no predetermina de un modo fijo la forma de las cosas que pasan, sino que nos invita a crear con Él un mundo mejor para todos. Dios opera dentro de las posibilidades de nuestra libertad humana y acepta sus limitaciones (incluyendo la libertad humana de Jesús). El punto importante es que las opciones entre construir la tierra y destruirla, son muy reales. Esto significa que, por contraste con una u otra opción, ya sea desde la perspectiva optimista o de la pesimista, entre construir la tierra o destruirla, debiéramos adoptar un punto de vista realista. Si esas son las opciones, las que adoptemos, marcarán una diferencia concreta respecto al porvenir. No somos unos simples espectadores neutros.<sup>2</sup>

Por otro lado, los Cristianos basan su esperanza en un mundo mejor, en el Espíritu de Jesús resucitado. Su Espíritu es el que permite y nos da la fuerza para actuar, pero nosotros debemos responder responsabilizándonos de la vida que nos ha sido confiada. Es la fe la que nos asegura acerca de lo que esperamos, la que nos convence acerca de lo que aún no hemos visto (Heb 11,1), pero esa fe y esa esperanza, si son tales y no simples anhelos, deben basarse en la experiencia concreta. Si esperamos que el Espíritu de Jesús triunfe, es porque experimentamos el poder transformador del Espíritu en nuestras propias vidas y en nuestras relaciones.

## 65. **Pero, ¿es necesario tanto sufrimiento y tanta maldad en el mundo? ¿Tiene sentido que tanta gente sufra desgracias, enfermedades y pobreza?**

Pablo dice: “Si solamente es para esta vida que tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, isomos los más infelices de los hombres!” (1Co 15,19). Desgraciadamente, esto ha sido a menudo mal interpretado, como si se permitiera una aceptación pasiva del mal, esperando que las cosas buenas resulten en el cielo, cuando estemos muertos. Pablo, al igual que Jesús antes que él, sabía que tenemos que enfrentar esos males que yacen dentro de nuestras posibilidades, tanto en nosotros como en los demás. La transformación final de todas las cosas, la esperamos en Cristo (Fil 3,10.21), pero sabemos que esa transformación ya ha

<sup>2</sup> Al respecto, la siguiente imagen puede resultar iluminadora de lo que el autor está tratando de expresar: CARLOS PALMÉS, “La búsqueda de Dios por el discernimiento”, en *Del discernimiento a la obediencia ignaciana*, Centrum Ignatianum Spiritualitatis, Roma 1988.

“(…) La voluntad de Dios viene expresada en la vida. No hay que concebirla como una construcción arquitectónica, que tiene predeterminados todos los detalles antes de que el hombre comience a ejecutarla. No es algo estático y atemporal, concluido e irreformable. Una tal concepción pudo dar lugar a la discusión teológica sobre la predestinación que acaparó la atención en las universidades y púlpitos en el tiempo de San Ignacio.

(…) La búsqueda de la voluntad de Dios está llena de sorpresas, de zig-zags, de cambios de ruta. Que es dinámica y que se basa en una dialéctica de “propuesta” por parte de Dios y de “respuesta” por parte del hombre libre. Más que a un edificio terminado, se parece a una partida de ajedrez jugada conjuntamente, en que a la estrategia de Dios corresponde la movida adecuada de las piezas por parte del hombre para ir realizando juntos la historia de salvación. ...

Esta dialéctica “exige una actitud de atención y de total disponibilidad para dar una respuesta generosa”. Es necesario aprender “a distinguir la voz de Dios en medio del estruendo de un mundo alborotado y violento, en la soledad lo mismo que en la acción. ... Dios no está en los criterios mundanos, sino que se manifiesta en los valores y vivencia del espíritu evangélico”.



comenzado en nuestro bautismo, el cual nos permite que “vivamos una nueva vida” (Rom 6,4).

Tal esperanza no acaba con el misterio del mal, sino que por el contrario, lo enfatiza. El mal no es un problema que tenga una solución racional, ya que es de por sí irracional. Todos los intentos para racionalizar el mal y hacerlo encajar en un sistema de pensamiento más elevado han fracasado. No se puede racionalizar lo que es irracional. La pregunta que se formula a menudo: ¿Por qué permitió Dios que esto me pasara a mí? no admite respuesta. Aunque sea difícil, la única pregunta que se puede hacer, en medio de un suceso trágico es: ¿Qué es lo que puedo hacer, o qué debiera hacer ahora que sucedió esto? ¿Cómo puede esto cooperar también, con todo lo demás, por el bien común? (Rom 8,28).

En la Sagrada Escritura, Dios nos da dos respuestas al problema del mal, y quizás ninguna de las dos sea como quisiéramos: en el libro de Job, la única respuesta que finalmente se da, es que el mal en sí mismo está oculto en el misterio de ese mismo Dios que responde desde la tempestad (Job 38,1ss; 40,6ss). Hay cosas malas como las catástrofes naturales, que simplemente están fuera de nuestro control y más allá de nuestra comprensión. ¿Pero qué pasa con esos males, que salen del corazón humano y que pueden ser cambiados? La respuesta de Dios es enviar a su amado Hijo, quien camina solidariamente con los más miserables y oprimidos y que sufre cuando ellos sufren, incluso hasta llegar a la muerte, como un descastado cualquiera en la cruz. Ésta no es una respuesta teórica para el problema del sufrimiento. Por el contrario, la única respuesta de Dios, es caminar junto a nosotros a lo largo del camino, en un nuevo caminar hecho de verdad y de vida, buscando siempre superar el poder del mal y de la muerte, desde lo más profundo del corazón humano.

---

## **Encíclica *Octogesima Adveniens*, de PAULO VI**

Termino la presentación del Dios-que-dialoga con un texto de PAULO VI, tomado de la encíclica *Octogesima Adveniens*. El contexto de la encíclica es el las disputas ideológicas, fundamentalmente entre liberalismo y marxismo, de los años '60. Lo que nos interesa, que coincide con la acción de Dios según la imagen del “Dios-que-dialoga”, es lo que afirma al final, sobre la relación entre la acción de Dios y la libertad humana.

### **Ideologías y libertad humana**

27. ¿Es necesario subrayar las posibles ambigüedades de toda ideología social? Unas veces reduce la acción política o social, a ser simplemente la aplicación de una idea abstracta, puramente teórica; otras, es el pensamiento el que se convierte en puro instrumento al servicio de la acción, como un simple medio para una estrategia. En ambos casos, ¿no es el hombre quien corre el riesgo de verse enajenado? La fe cristiana se sitúa por encima y a veces en oposición a las ideologías, *en la medida en que reconoce a Dios, trascendente y creador, que interpela a través de todos los niveles de lo creado al hombre como libertad responsable*<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> “La negación condicionada del carácter ideológico del cristianismo significa, lógicamente, que “en la medida en que” no se cumpla tal condición (*el reconocimiento de Dios trascendente y creador*), el cristianismo asume el carácter de ideología. [El ahora Cardenal] KARL LEHMANN ha considerado el problema de las ideologías teniendo presente los condicionamientos concretos en que se desarrolla la vida de la Iglesia, y en esta perspectiva anota varios “fundamentos para mal entender el cristianismo como una ideología” (Conf. “Die Herausforderung der Kirche durch die Ideologien”, en *Handbuch der Pastoraltheologie II/2*, Friburgo 1966. 148-180, ver especialmente 150-155).

1. En primer lugar, un fundamento de tipo histórico-cultural (*geistesgeschichtlich*), a saber, el rechazo de la

---

sociedad moderna de cualquier metafísica y su tendencia relativizante que se ha acentuado bajo el predominio de las ciencias empíricas.

2. En segundo lugar, un uso abusivo del cristianismo como instancia consolidadora del *Ancien Régime*. Este uso restaurativo del cristianismo no es sólo un asunto del siglo [ante] pasado, sino que se da también cuando el cristianismo se convierte en "ideología de justificación de la sociedad capitalista y de un orden reaccionario policial".
3. En tercer lugar, se anota el recurso que en la Iglesia se hace al "derecho natural" como categoría que sanciona y absolutiza lo que, en realidad, no es más que el orden de una situación histórica determinada (el lugar de la mujer, por ejemplo).
4. Un cuarto fundamento para mal interpretar el cristianismo como ideología, es la tendencia a la autoglorificación de las estructuras de la Iglesia que se percibe en algunas eclesiologías [estudio sobre la Iglesia], las cuales, por este hecho, deben ser consideradas más bien como "jerarcologías" [estudios sobre la Jerarquía de la Iglesia, como si con ello se estudiara lo verdaderamente fundamental del conjunto de toda la Iglesia].
5. Igualmente se anotan las teorías sacramentarias y eclesiológicas que lindan en una valoración casi mágica de los sacramentos y de la institución eclesial, y
6. La pseudo-mística que hace equivalente la voluntad de Dios con las exigencias de una autoridad concreta.
7. Por último, LEHMANN también menciona la actitud retrógrada de la Iglesia ante los avances científicos, la actitud ingenua y acrítica ante las propias instituciones y
8. Una falsa apologética que, más que responder a las preguntas, se esfuerza por invalidar a quien las hace."

Citado por JUAN NOEMI, *El mundo, creación y promesa de Dios*, San Pablo, Santiago, 1995.